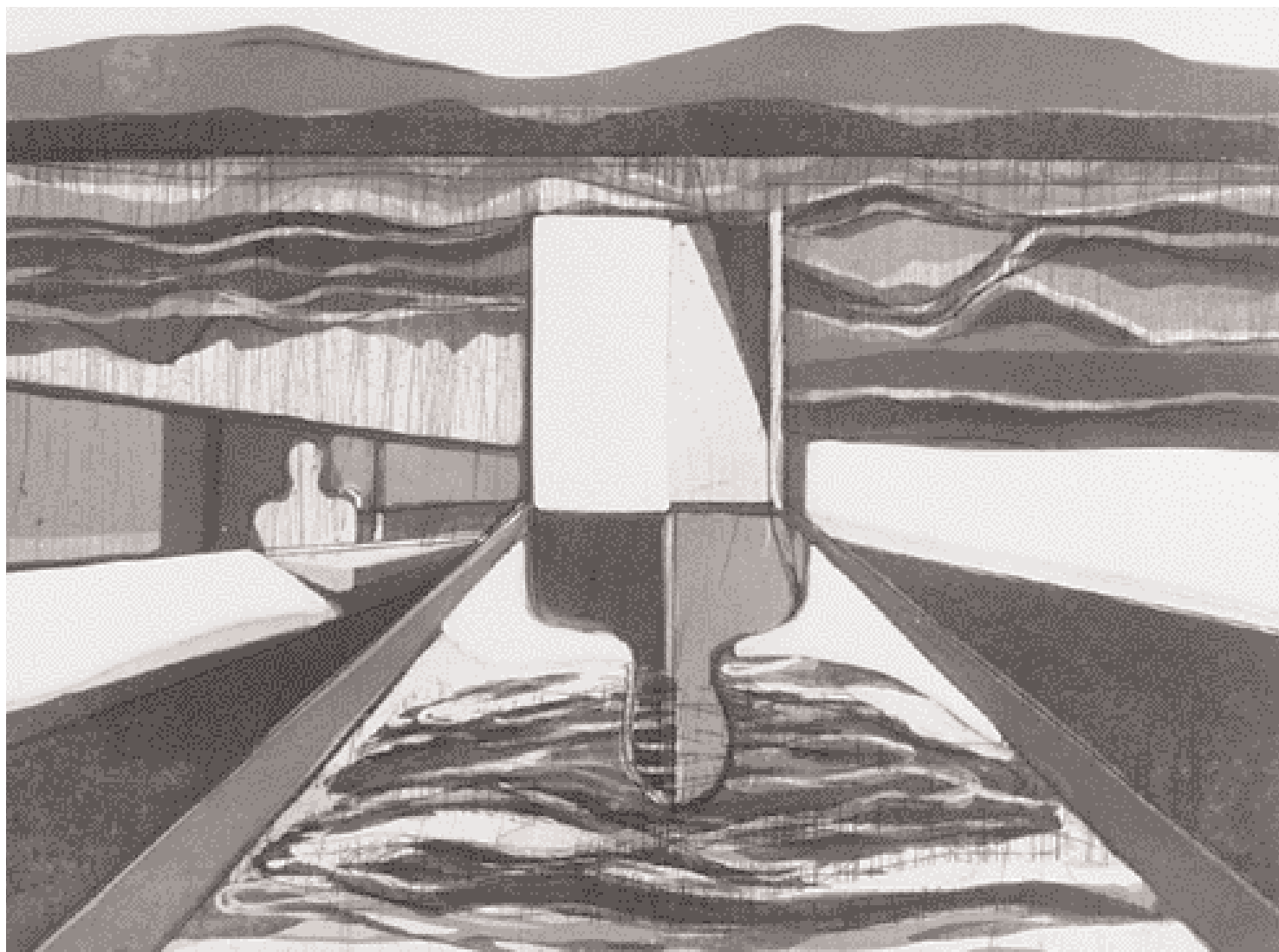


La casa del infinito

Arnoldo Kraus



Gabriel Macotela, *Suicidio*

SUICIDIO

Escribí: la vida no alcanza. Luego pensé: ¿A quién no le basta? Escribí y borré varias veces: la naturaleza carece de tiempo. La naturaleza nunca muere. Cambia. Se modifica, se altera. Su tiempo no sabe del tiempo. Es atemporal. Escribí: el tiempo no muere. La conciencia del tiempo no existe ni en la Tierra ni en los cielos ni en los animales ni en la muerte.

Los animales perciben el día y la noche, el verano, el invierno. No saben de

la vejez, menos de la muerte. Un día sucede a otro día. Siempre es así. Poco duele la vida. Poco entienden del vacío, de la melancolía. Me dije: son afortunados. La vida transcurre sin la angustia de la muerte. Mueren sin percatarse de su propia muerte. Sin miedo, sin el horror de la inexistencia. La memoria no hiera.

Escribí: a los animales les basta la vida. Poco después reparé: quizás a quien se suicida también. La soledad puede ser infinita, los días interminables. Cuando *kairos* claudica, la vida se apaga. Lunes, martes,

¿cuándo domingo? *Tic, tac, tic, tac*. El tiempo, siempre el tiempo. Hoy amaneció temprano. Ayer amaneció a la misma hora. ¿Cuándo domingo? *Tic, tac, tic, tac*. Las manecillas nunca paran.

Releo a Sylvia Plath: *Pongo las manos entre las llamas. Nada se quema*. Tiempo después —¿Quizás un domingo?— metió la cabeza en el horno y abrió el gas. No se quemó. Murió. Sólo murió. *Nada se quema*. La vida del suicida sí: arde cuando el tiempo se agota. Asfixia cuando el fuego se apaga.



Gabriel Macotela, *Genoma*

Veo el cuerpo que cuelga. Una nota bajo el cuerpo que oscila: *Cierro las puertas. Ayer la vida. Hoy es ayer.* Pensé: quien se suicida entiende que al igual que el tiempo, la muerte es infinita. Sabe que morir duele. Sabe que la muerte no duele.

El tiempo y la muerte carecen de conciencia. Algunos suicidas, en cambio, son tiempo, son conciencia, son vida, son espacio. Al menos, son *su* tiempo, *su* conciencia. Son *su* muerte, *su* vida, *su* espacio.

GENOMA

Un ojo, dos ojos. Dos piernas, diez dedos. Cabeza y corazón. Hombre, mujer. La sangre corre por dentro, el aire penetra desde el cielo. La arquitectura del alma se nutre con el fango de la tierra. La tierra se alimenta con los huesos de los hombres, con la piel de las mujeres, con los cuerpos de los *hombresmujeres*, con las muertes de los viejos. La tierra es uno. Uno es la tierra. El polvo de los huesos es la tierra de la Tierra. Nacer y morir.

Sólo unos días habitamos las calles de la Tierra. XX, XY. Ácido desoxirribonucleico, infinidad de hélices, incontables genes. Humanos y ratones comparten la misma historia biológica. Morir y nacer. El dolor que habla con los muertos es el dolor con

el que caminan los vivos. Mueren ratones, nacen humanos.

Boca y lengua, cabello y manos. La savia de los genes alimenta el calor de la boca, el sudor de la piel. Un hombre, una mujer. Desde el Sur y desde el Norte, altos y bajos. Pasado y presente. Cromosomas XX, cromosomas XY. Un hombre, una mujer. Mejor, una *mujerhombre*. Los besos, el sufrimiento, la pasión. Algunas palabras se construyen con los hilos de los

cielos; otras, se suturan con las agujas de los genes.

La mirada que perfora el cielo nace del vientre del genoma. El cielo no muere. Sigue. El *hombremujer* muere cuando nace. Somos evanescentes, instantes, bocanadas de viento, leña del fuego, suspiros entrecortados. La tierra y el cielo son eternos. Son la casa del infinito.

Mujer y hombre. XX, XY. Los ojos son los genes de la luz. Los pies las hélices de las calles. Antes de nacer, morir.

DOLOR

El dolor habla quedo, habla solo. Habla cuando llueve la vida y calla cuando la noche transcurre sin despertar. No es de muchas palabras: piensa en ti y amaina. No lastima demasiado, no detiene los pasos. Sabe de la muerte y de los muertos, de las tumbas y del vacío, de la piel y las alegrías. De ese momento infinito que detiene la sangre y que cura el pasado tan sólo por hablar, por escuchar. Sabe también que el dolor de la vida es semilla y que las heridas esculpen el cielo. Mi dolor musita, mira. Entiende que la tristeza mata menos que la muerte y que el cielo no acaba porque llora: ¿Cuándo la muerte ha sepultado a la melancolía?, ¿cuándo ha dejado el cielo de bajar a la tierra?

El dolor habla con el día, con la noche. Por sus venas corre la sangre henchida del



Gabriel Macotela, *Dolor*

Gabriel Macotela, *Carpe Diem*

sabor de la ausencia, del mirar de las llagas. Lo blanco de la vida, el azul del regreso. El dolor del alma cura: basta el olor de las huellas, los tintes de la voz. Bastan los guiños, la tierra resucitada, las jacarandas del abril que siempre vuelve.

El dolor del dolor da vida al fango, color al vacío. Con el dolor del dolor se escribe. Con el dolor de las letras se vive. En sus brazos se tiñe el deseo, en su piel los días. El dolor habla quedo, habla solo. Es de las

heridas que supuran pero no asfixian porque siempre existe el regreso, porque la mirada cura. El dolor duele como la vida cuando retorna.

Mi dolor no es dolor: escribo hasta agotar la noche y detener la sangre.

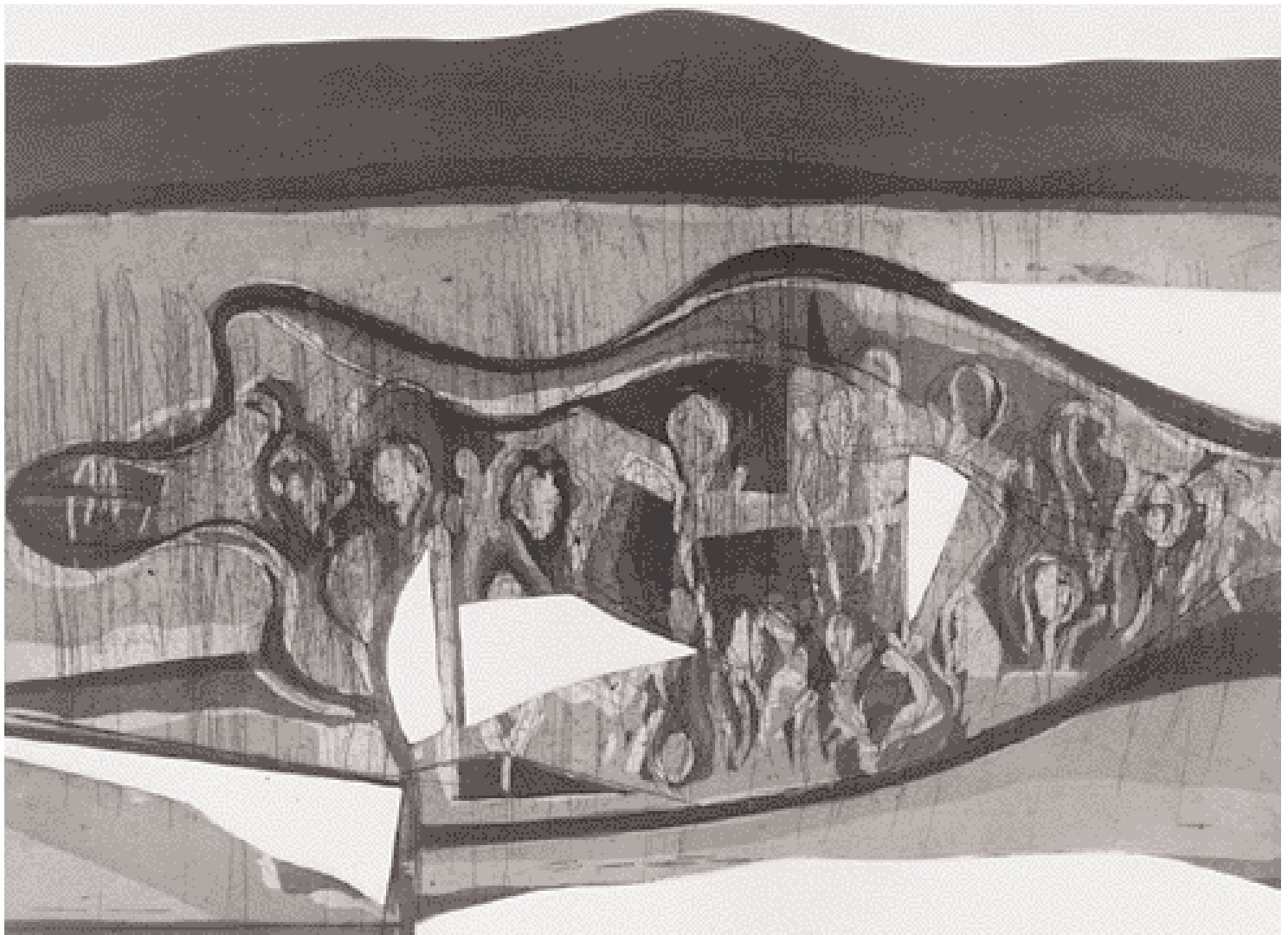
CARPE DIEM

El dolor de la tierra espera. La vida no tiene porqué entristecerse, no tiene porqué parar.

Ni el dolor del sol ni el dolor del cuerpo ni el dolor de la noche pueden más que la vida. Recuerda tu boca vacía, recuerda las llagas profundas. No hay llagas eternas ni dolores infinitos. No hay ríos de sangre ni inviernos de odio. La Tierra siempre abre sus puertas: una tumba será nuestra casa. Un túmulo, refugio para la vida. Sus pisos, la piel. Las noches, la eternidad.

La vida carece de ayer. El dolor de la tierra habla. El dolor de la tierra cura.

Somos evanescentes, instantes, bocanadas de viento, leña del fuego, suspiros entrecortados. La tierra y el cielo son eternos. Son la casa del infinito.



Gabriel Macotela, *Autopsia*

Los días no cejan: llega la luz, acude la muerte, abrasan los cielos. ¿Acaso una vida puede morir dos veces? ¿Acaso no siguen pariendo las hijas? Fuiste tú quien habló de la gleba. Fueron las manos quienes trazaron el alma de los surcos. Fue la voz quien labró los guiños de las plantas. Fue la vida quien habló de dos sepulcros. Los dedos, las palas, el canto, el agua, semillas, mañanas. La tierra. La tierra húmeda: basta un suspiro. Recuerdo el dolor, recuerdo el mar que retorna. Escampa. Miro la herida cicatrizada. Lluve la vida. Amanece. Lluve la tierra. La gleba, los cuerpos.

Regresan los días.

AUTOPSIA

No hay lugar más frío en el mundo que la morgue. Todo es frío: la plancha, las tijeras, el agua, el piso, las ventanas. Todo es helado: el humo del tabaco, la mirada del cadáver, las manos del forense. Las palabras se

congelan sólo al pensarlas. El silencio del cuarto es absoluto; el de la sala de espera, sepulcral. Quien ha tocado las frías palabras de la morgue entiende lo que significa el mutismo.

LA MUERTE: ¿De qué murió?

EL CADÁVER: ¿Por qué fallecí?

EL FORENSE: No sé: el corazón, la cabeza, el hígado... todo bien. Casi siempre sucede lo mismo. Se acabó la vida, se anquilosó el deseo.

LA MUERTE: ¿Exploró el alma?

EL CADÁVER: No. El forense trató de exponerla. Fue imposible: los pernos estaban oxidados, los recuerdos desparrramados, el aceite enmohecido.

EL FORENSE: Intenté diseccionar el alma. No lo logré. El dolor del ánimo hablaba como la muerte. El silencio, el vacío, la melancolía, desarmaron los goznes de la vida. Quise hurgar en el alma. No pude. El filo del bisturí se melló, las tijeras se ce-

rraron. Procuré penetrar la tristeza. Fracasé. El frío del alma era impenetrable. Todo era invierno. Todo era ayer.

No hay lugar más real que la morgue. El cuerpo sin vida, la vida sin cuerpo. El muerto apenas persona, el infinito nunca buscado. Los deudos ausentes. La soledad que asfixia. Tijeras que cortan la piel, palabras que no encuentran el alma. La manguera que baña el cadáver, el agua que se mezcla con los ríos. Todo es frío: las vísceras carbonizadas, el humo de la ciudad, el recuerdo de la vida. Frío. En la morgue nada es mentira.

LA MUERTE: ¿De qué murió?

EL FORENSE: De tanta vida.

EL CADÁVER: De tanta muerte. **U**

Los textos de Arnoldo Kraus y los grabados de Gabriel Macotela forman parte de una carpeta realizada bajo los auspicios de Víctor Constantiner en el taller Tiempo Extra Editores de Emilio Payán. La carpeta aparecerá próximamente con el título de *Carpe Diem*.